OPINIÓN

De patio trasero a puerta de entrada.

Por Juan Becerra Acosta · 18 de julio de 2022 · 7 min de lectura

“Tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos” dice aquella frase de Porfirio Díaz que se convirtió durante demasiado tiempo en un lugar común para referirse a la tan añeja como complicada relación que México ha tenido con nuestros vecinos del norte, expresión cuyos significados guardaron de manera implícita la resignación de percibirse obligadamente en desventaja ante un poderío hegemónico que podría vulnerar la soberanía nacional y que, hoy, ha perdido vigencia debido a que aquella cercanía que tanto nos costó, y de la que mucho nos lamentamos, actualmente y por primera vez da indicios de que puede ser aprovechada en igualdad de condiciones al estar México, como nunca antes, cerca de Estados Unidos ya no sólo en geografía, sino también en entendimientos y liderazgo regional.

La vecindad entre los dos países ha causado que, desde nuestra independencia, la relación bilateral más importante para nuestra nación sea con los Estados Unidos, una que no ha estado exenta de conflictos e incluye intervenciones armadas, la pérdida de la mitad del territorio nacional a cambio de unas monedas -y más importante, la paz con un ejército invasor-; el injerencismo con el que como resultado del Pacto de la Embajada los hermanos Madero, y José María Pino Suárez, fueron asesinados y Huerta subió al poder; la incursión de Francisco Villa en territorio estadounidense cuando, en marzo de 1916, organizó el ataque al poblado de Columbus, Nuevo México, lo que derivó en una respuesta llamada “La Expedición Punitiva” con la que soldados norteamericanos se internaron en territorio nacional con la intención de capturar a Villa, y regresaron a su país -después de haber sido apaleados y apedreados hasta por niños- con la cola entre las patas sin éxito alguno; más recientemente sufrimos la amenaza trumpiana de construir un muro en la frontera que, a su decir, los mexicanos acabaríamos pagando. Todo lo anterior con un casi sin fin de episodios complicados, en distintos contextos, de los cuales no ha estado exento ningún presidente de México.

Hoy, sin que deje de haber fricciones, estamos como nunca antes cerca de los Estados Unidos y al mismo tiempo lejos de ser, como fuimos, su patio trasero –al que de manera insólita hay quienes quieren regresar- para convertirnos en puerta de entrada de una región que ve a México como líder de una Patria Grande que inicia en el Río Bravo y culmina en la Patagonia, y que cada vez se hace más a la izquierda para, desde esa postura, caminar junta en dirección al norte.

México ha cambiado su discurso y se ha convertido en voz de una causa que traspasa fronteras y construye puentes entre paisanos. No sólo propone acuerdos que buscan beneficiar a migrantes y al país que los recibe al incrementar visas de trabajo y con ello satisfacer carencias en fuerza laboral para frenar el alza de precios; también deja atrás una añeja política entreguista con la que durante los sexenios neoliberales se permitió que intereses privados y extranjeros explotaran de manera por demás leonina los recursos de la nación, cambio que ha dado como resultados, además del enojo del gran capital, el que –entre otros y a diferencia de lo que sucedía hasta hace no mucho- ciudadanos estadounidenses crucen la frontera para cargar gasolina en México debido a que en su país les es mucho más caro, situación no sólo anecdótica sino símbolo de políticas que, en nuestro país, responden a un

Estado que cumple con la función prioritaria de proteger a la población, por lo que subsidia combustibles y evita que se incremente el precio de infinidad de productos, algo que dispararía la inflación e impactaría de tal manera que, para muchas familias, significaría no contar con la canasta básica.

La reunión celebrada la semana pasada entre los presidentes de México y Estados Unidos dio como parte de sus resultados acuerdos para ordenar el flujo migratorio y con ello permitir la llegada a Estados Unidos de obreros, técnicos y profesionales de distintas disciplinas, personas provenientes no sólo de México, también de otras naciones centroamericanas; también atender a la migración infantil; mejorar la tecnología fronteriza "inteligente", medida que no se logró con las promesas del gobierno de Trump de levantar un muro en la frontera y obligar a México a pagarlo; además México comprará 20 mil toneladas de leche en polvo de Estados Unidos y un millón de fertilizantes que distribuirá a productores de maíz y frijol; se creará un grupo de trabajo para abordar el tráfico de fentanilo; se impulsará un plan de implementación para eliminar las quemas y fugas en operaciones de gas y petróleo en mar y tierra.

Lo anterior no es asunto menor ya que además de haberse alcanzado acuerdos en términos de igualdad, algo a lo que históricamente hemos estado poco acostumbrados, abre la puerta a que se trabaje en acciones y políticas que atiendan las causas de problemas compartidos -como el flujo migratorio o la delincuencia- y no sólo sus síntomas. Es, seguramente por lo anterior, que a través del discurso infodémico con el que intereses económicos que se han visto afectados debido, por ejemplo, a las recientes políticas de recaudación de impuestos, eliminación de contratos publicitarios a medios, erradicación de adjudicaciones directas y obscuras y demás mañas que eran deporte nacional que construyó frases tan tristemente célebres como la de "vivir fuera del presupuesto es vivir en el error" de César Garizurieta, o "un político pobre es un pobre político" de Carlos Hank-González, se distrajo la conversación sobre los acuerdos y el diálogo de los presidentes López Obrador y Biden para intentar conducirlo a la banalidad e, incluso, a la pseudociencia.

Poco le interesó a varios miembros de la "opinología ilustrada" el discurso, las ideas y posturas del encuentro bilateral, ellos se quedaron en otra dimensión que no fue más allá del idioma en el que se dijeron, o más bien en el que no, pues querían oír hablar a Andrés Manuel López Obrador en inglés al igual que la Comisión de Miramar quiso traer a México a un monarca (en minúsculas pues soy republicano) europeo. La postura del Presidente de México al sentarse en una silla de la oficina oval de la Casa Blanca ocupó más la atención de voceros de la oposición que la defensa que se hizo a los migrantes o el repudio que se mostró a la guerra en Ucrania. Atención aquí, cuando la postura de un Mandatario al sentarse se convierte en centro de la discusión es momento entonces de preocuparse por la postura de las pseudociencias y de quienes en ellas creen, ya que ello implica, además de atrevida ignorancia, la existencia de valores a los que no se desea regresar y que, como ha sucedido en Estados Unidos, tumban derechos progresistas mientras imponen leyes retrógradas.

El conservadurismo, ese que siempre se muestra en decadencia pero que al mismo tiempo continúa causando retrocesos e intentando detener avances fue señalado en Washington por el Presidente de México quien de manera clara le dijo a Joe Biden que hay que dejar atrás esa postura para, entonces, transformar y avanzar. Lección, pues, que se suma a otras como aquella decisión de López Obrador de no acudir a una Cumbre de las Américas excluyente -y sin ir convertirse en su protagonista- que añaden fuerza al liderazgo con el que México, alguna vez patio trasero de Estados Unidos, es hoy puerta de entrada de una región, fuerza de trabajo, políticas energéticas, lecciones de humanismo, y hasta gasolina barata.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/de-patio-trasero-a-puerta-de-entrada
Descargado el 21 de noviembre de 2026.